

tentativa que pudiera hacer el pueblo de Berlin, pues aunque entonces estaba tranquilo y sumiso, podia convertirse su docilidad en rebelion al primer descalabro que sufriésemos, si es que sufriamos alguno.

Mientras que se tomaban estas medidas de precaucion, la caballeria ligera, que no cesaba de hacer escursiones acá y allá, descubrió la marcha del ejército prusiano. Los once dias que habian trascurrido desde la batalla de Jena, esos once dias que los franceses emplearon en ganar el Elba, pasarlo y ocupar á Berlin, los invirtieron tambien los prusianos en llegar al Elba, reunir allí sus diseminados restos, y subir en seguida hácia Mecklemburgo, para alcanzar la línea del Oder, dando un rodeo hácia el Norte. Así que se supo esto, Napoleon envió á Murat á Oranienburgo y Zehdenick, para que siguiese por las orillas del Havel y el canal de Finow, pues el príncipe de Hohenlohe debia dirigir su marcha á lo largo de aquellas líneas militares que le servian de apoyo. Napoleon mandó costearlas, á fin de mantenerse siempre entre el enemigo y el Oder, y luego, así que hubiéramos dejado atrás á los prusianos procurar envolverlos de modo que no se escapase ni un soldado siquiera. El mariscal Lannes se encaminó, pues, en pos de Murat, con encargo de que anduviese tanto como la caballeria; el mariscal Bernadotte siguió á Lannes, el mariscal Davout, despues de descansar tres ó cuatro dias, porque lo necesitaba, debia trasladarse á Francfort sobre el Oder; el mariscal Augereau y la guardia permanecer en Berlin; y los mariscales Ney y Soult, poner sitio, como ya hemos dicho, á Magdeburgo.

El desgraciado príncipe de Hohenlohe habia tomado efectivamente la resolucion que se le atribuia, pues perseguido á muerte por los franceses llegó á Magdeburgo, esperando encontrar allí reposo, víveres, material, y sobre todo el tiempo necesario para reorganizar su ejército, pero salió fallida su esperanza. La falta de precauciones, para en caso de una retirada, tan facil de preveer, se reproducia en todas partes, y en Magdeburgo no habia otras provisiones que las indispensables para la guarnicion. Así es que el anciano Mr. de Kleist, gobernador de aquella plaza, provuyó á las primeras necesidades de los fugitivos, dándoles pan; pero se negó á seguir alimentándolos por mas tiempo, temiendo disminuir sus propios recursos, si llegaba á ser sitiado. Además, habia tantos bagages en lo interior de Magdeburgo, que el ejército no pudo alojarse, siendo preciso colocar la caballeria en los glasis ó esplanadas, y la infanteria en los caminos cubiertos. Poco despues, de resultas de las continuas embestidas de la caballeria francesa, la cual se apoderaba de los destacamentos enteros bajo tiro de cañon de la plaza, tuvieron las tropas prusianas que pasar al otro lado del Elba, y asustado Mr. de Kleist con el desórden que reinaba dentro y fuera de Magdeburgo, instó al príncipe de Hohenlohe á que continuase su retirada hácia el Oder, dejándole en libertad para poder ponerse en un estado de defensa. Solo tuvo, pues, el príncipe dos dias para reorganizar un ejército, que se componia de restos, y en que era preciso reunir algunos batallones para formar uno: esto sin contar que por haber llamado el rey hácia la Prusia oriental al ma-

riscal Kalkreuth, tenia el príncipe de Hohenlohe encargo de recoger las dos divisiones de reserva, y que ir á reunirse con ellas en la parte baja del Elba, ó lo que es lo mismo mas abajo de Magdeburgo.

En medio de estos apuros, se puso en marcha el príncipe de Hohenlohe con tres columnas, debiendo el general Schimmelpfennig cubrir por la derecha con un destacamento de caballería é infantería, el ejército, por la parte de Potsdam, Spandau y Berlin, costear al principio el Havel, y luego, así que hubiesen subido lo bastante para poder dar vuelta á Berlin, costear tambien el canal de Finow, flanqueando así la retirada hasta Prenzlau, pues á causa de la posición que ocupaban los franceses, solo podia llegarse al Oder hacia su embocadero. El grueso de la infantería, marchando en el centro, á tanta distancia del cuerpo de Schimmelpfennig como del Elba, debia pasar por Genthin, Balthenau, Gransée y Prenzlau, y la caballería que ya se hallaba en las orillas del Elba, donde se aprovechaba de la abundancia de forrage, debia seguir las márgenes de dicho rio por Jerichow y Havelberg, yendo á parar por Wittstock, Mirow, Strelitz, y Prenzlau, á Stettin que era el punto comun de reunion.

El cuerpo del duque de Weimar y el gran parque, conducidos por el general Blücher, habian dado la vuelta afortunadamente al Hartz por Hesse y Hannover, sin que les inquietaran los franceses, que habian acudido presurosos al Elba. Por lo demas, el duque de Weimar, logró enganar al mariscal Soult por medio de una maniobra bastante astuta. Al principio fingió que iba á ata-

car la línea de circunvalacion establecida al rededor de Magdeburgo, y luego se escabulló de pronto, pasando repentinamente el Elba por Tangermunde, y ganando de este modo la orilla derecha, con unos doce á catorce mil hombres. El general Blücher pasó el rio mas abajo, y el príncipe de Hohenlohe dispuso que el duque de Weimar se dirigiese tambien al punto convenido, esto es, á Stettin, á donde debia llegar atravesando el Mecklemburgo. Por lo que hace á Blücher, le dió el mando de las tropas que fueron derrotadas en Halle, tropas que habian pasado de manos del duque de Wurtemberg á las del general Natzmer, debiendo formar con ellas el general Blücher la retaguardia del ejército prusiano.

Si aquellas fuerzas hubiesen conseguido escaparse de los franceses, y llegar á Stettin, hubieran podido despues de ser reorganizadas, y agregadas al contingente de la Prusia oriental, formar detrás del Oder un ejército de algun valor, y dar la mano á los rusos con utilidad de unos y otros. El príncipe de Hohenlohe conservaba cuando menos veinte y cinco mil hombres; el cuerpo de Natzmer, con los demas restos de Blücher, contaba cerca de nueve á diez mil, y las tropas del duque de Weimar, ascendian á trece ó catorce mil; de suerte que el total de las fuerzas se componia de cincuenta mil hombres, que unidos á otros veinte mil que se habian quedado en la Prusia oriental, hacian setenta mil combatientes, los cuales podian hacer un papel importante si obraban en combinacion con los rusos. Aun faltaban veinte y dos mil hombres que defendian á Magdeburgo, pues los sajones se apresuraron á volver á sus

hogares, aprovechándose de la clemencia con que los trató Napoleon.

El príncipe de Hohenlohe tenia que realizar su retirada por medio de un pais pobre y difícil de recorrer, así como por entre los numerosos escuadrones de la caballería francesa, la cual obró al principio con mucho tiento en presencia de la prusiana, cuyo mérito tanto le elogiaban; pero embriagada ahora de gozo con sus triunfos, se habia hecho tan atrevida, que simples cazadores no temian medir sus fuerzas con coraceros.

El príncipe se puso en camino el 22 de octubre por los puntos indicados; dirigiéndose hácia Plane el cuerpo de flanqueadores de Schimmelpfennig, la infantería hácia Geuthin, y la caballería hácia Jericow. Las tropas marchaban con lentitud á causa de los arenales, el cansancio de hombres y caballos, y lo poco acostumbrados que estaban á las fatigas, de suerte que lo mas que podian andar eran siete ú ocho leguas al dia, mientras que la infantería francesa, andaba quince en caso de necesidad. Además se habia introducido en los cuerpos una gran indisciplina, pues la desgracia, que agria los caracteres, disminuyó el respeto que se debe á los gefes, llegando á tal extremo el desórden en la caballería, que se iba en tropel, sin obedecer á nadie. Así es, que el príncipe de Hohenlohe tuvo que mandar hacer alto, y arengó al ejército severamente, recordándole sus deberes, despues de lo cual mandó fusilar á un soldado de caballería que habia herido á un oficial. Por lo demás, es preciso que conozcamos que esto sucede casi siempre de resultas de grandes reveses, y aun despues de gran-

des victorias, porque los triunfos llevan consigo el desórden ni mas ni menos que las derrotas. Los franceses, ávidos de botin, corrian en todas direcciones lo mismo que los prusianos, sin querer conformarse con las órdenes de sus gefes, y el mariscal Ney escribió al emperador que si no le autorizaba para hacer grandes escarmientos, no estaba segura la vida de los oficiales. ¡Qué singulares son las consecuencias que produce el trastorno de los estados! ¡Los movimientos precipitados que ese trastorno acarrea, desorganizan así al vencido como al vencedor! Habiamos conseguido perfeccionar la guerra en grande, y casi tocábamos ya los límites en que se convierte en una confusion inmensa!

El 23 estaba la infantería prusiana en Bathenau, y la caballería en Havelberg; pero la misma premura con que cortaron los puentes, detuvo en su marcha al cuerpo de la derecha, esto es el de Schimmelpfennig, teniendo que acercarse al Elba por medio de una conversion á la izquierda, para evitar los muchos raudales de agua que se encuentran entre el Havel y el Elba. Torcieron, pues, hasta Rinow, y el 24 estaban, la caballería en Kiritz, la infantería en Neustadt, y el cuerpo de Schimmelpfennig, en Fehrbelin, pasando allí mismo á manos del general Blucher el cuerpo de Natzmer, que remplazó hácia Rinow al cuerpo principal, cuya retaguardia formaba.

Así que llegó á aquel punto, el príncipe de Hohenlohe deliberó acerca de la marcha que debia seguir, pues habia subido mucho hácia el Norte por cima de Berlin, Spandau y Potsdam, y á cada paso se desorganizaba mas el ejército. Mas-

senbach, coronel de estado mayor, fué de parecer que se debía conceder un día de descanso á las tropas, a fin de reorganizarlas, y estar á lo menos en estado de combatir, si tenian un encuentro con los franceses; pero el príncipe de Hohenlohe respondió, y con razon, que uno, dos, y aun tres dias, no bastaban para reorganizar el ejército, y podrian dar tiempo á que los franceses lo cortasen de Stettin y el Oder. Como lo tenian de costumbre, adoptaron un término medio, que fue citarse para Gransée, donde debía pasarse una revista general, y dirigir alocaciones á las tropas, para recordarles su deber, continuando despues de la cita, que se fijó para el día 26, la marcha sin desampararse unos á otros.

Peró como los franceses estaban advertidos, la caballería de Murat corria hácia Fehrbelin por un lado, y por el otro hácia Zehdenick; Lannes, despues de entrar el día 25 en Spandau, se ponía en marcha el 26 por la noche con la infantería, para apoyar á Murat; el mariscal Soult seguía los pasos al duque de Weimar, mientras que el mariscal Ney ponía sitio á Magdeburgo, y por último, el mariscal Bernadotte avanzaba entre los mariscales Soult y Lannes. Así, pues, tres cuerpos de ejército franceses, ademas de la caballería de Murat, y menós los coraceros que quedaron en Berlin, perseguían en aquel momento á los prusianos. El 26 se hallaba en Gransée, esto es, en la cita indicada, la infantería del príncipe de Hohenlohe, formada en torno de su general, oyendo sus exortaciones, y acogiendo la esperanza de estar pronto en Stettin y poder descansar detras del Oder; pero en aquel mismo instan-

te sorprendian los dragones de Murat en Zehdenick al cuerpo de Schimmelpfennig, arrollaban su caballería, le mataban trescientos ginetes, cogian de setecientos á ochocientos, y obligaban á la infantería de aquel cuerpo de flanqueadores á dispersarse en los bosques.

Aquella noticia que llevaron á Gransée los aldeanos y fugitivos, indujo al príncipe de Hohenlohe á desalojar al momento, y dirigirse otra vez á la izquierda hácia Furstemberga, en lugar de ir á Templin, que era el camino directo de Stettin. De este modo tenia esperanza de reunir la caballería, y alejarse al mismo tiempo de los franceses; pero mientras daba aquel rodeo, Murat se dirigía por el camino mas corto hácia Templin, y no deteniéndose Lannes, ni de día ni de noche, se mantenía como siempre á la vista de los escuadrones de Murat.

Aquella noche la pasó el príncipe de Hohenlohe en Furstamberga, é hizo que la pasase también su infantería, mientras que Lannes, la empleaba en marchar. Lo mismo los franceses que los prusianos, continuaron subiendo al Norte hácia Templin y Prenzlów, punto comun del camino de Stettin, yendo á algunas leguas unos de otros, y separados únicamente por una cortina de árboles y lagos; pero todavía les faltaban doce leguas, ó lo que es lo mismo siete millas, para llegar á Prenzlów. El 27 por la mañana partió el príncipe de Hohenlohe para Boitzemburgo, mandando á decir á la caballería que fuese á unirsele, y á la retaguardia, á cuyo frente iba el general Blucher, que apresurase el paso.

Caminó todo el día, no teniendo otro alimento

que dar á sus tropas sino el que les suministraba el patriotismo de los aldeanos, quienes ponian en los caminos montones de pan, y calderos llenos de patatas cocidas. Al oscurecer se acercaron á Boitzemburgo, y Mr. de Arnim, que era el señor de aquel lugar, fué á anunciar que habia mandado preparar alrededor de su castillo, tiendas de campaña abundantemente provistas de viveres y de bebidas. Aquella era una noticia soberbia para hombres que se morian de hambre y cansancio; pero al acercarse á Boitzemburgo destruyeron algunos tiros la esperanza que habian concebido de tomar algun descanso y un poco de alimento. La caballeria ligera de Murat, que ya habia llegado á aquel pueblo, estaba comiéndose los viveres destinados para los prusianos; pero como no podia hacer frente á estos, que eran en mucho mayor número, dejó á Boitzemburgo. Los desgraciados soldados del principe de Hohenlohe devoraron lo que quedaba; mas como la presencia de los ginetes franceses les advertian que se diesen prisa, partieron aquella misma noche, volviendo á dar un rodeo á la izquierda por no encontrarse con los franceses, y llegar antes que ellos á Prenzlów. Caminaron toda la noche, lisonjeándose de ganarles en celeridad, y al despuntar el dia empezaron á descubrir á Prenzlów; pero tambien vieron á la derecha, en medio de los bosques y lagos de que estaba lleno el camino, á unos soldados de caballeria forzando el paso. Como la niebla no permitia reconocer el color de su uniforme, no se sabia si eran franceses ó prusianos, y todos se preguntaban con ansiedad, creyendo unos que habian visto el penacho blanco de un regimiento

prusiano, y otros, por el contrario, que era el casco de los dragones de Murat. Por último, en medio de aquellas conjeturas, hijas del temor en unos y del deseo en otros, llegan á la vista de Prenzlów, y no falta quien les asegure que aun no han aparecido los franceses: penetran en un arrabal, que tiene un cuarto de legua de estension, y la mitad del ejército prusiano habia ya entrado en él, cuando de pronto se oye un grito de alarma. Eran los dragones franceses, que habiendo llegado en el momento en que se hallaba en Prenzlów parte del ejército prusiano, atacan la cola y la arrollan contra el mismo Prenzlów. Luego cargan sobre ella en todas direcciones, arrojándose en las calles de la poblacion, y empujados los dragones de Pritwitz por los franceses, caen sobre la infanteria prusiana, y la desordenan. Entonces se traba una refriega espantosa, cuyo tumulto y peligro aumenta el miedo: el ejército prusiano, cortado en varias porciones, huye hasta mas allá de Prenzlów, y toma posicion del mejor modo posible en el camino de Stettin; pero no tarda en ser envuelto, y Murat intima la rendicion al principe de Hohenlohe. Lleno éste de pesar, pero rechazando con horror la idea de una capitulacion, se niega á semejante propuesta, y Murat contesta al oficial que le va á llevar la negativa del principe:—Pues bien, si no os rendis, todos sereis acuchillados.—Un resto de esperanza sostiene aun al principe de Hohenlohe; el creer que Murat solo lleva consigo caballeria; pero en aquel mismo instante llega la infanteria de Lannes, que desde Spandau habia caminado de dia y de noche, deteniéndose únicamente para comer,

El coronel de estado mayor Massenbach vá á afirmar que la ha visto, y entonces no queda al enemigo ninguna probabilidad de poder salvarse. Murat pide se le permita hablar con el príncipe de Hohenlohe, y el soldado ascendido á príncipe, tan generoso como intrépido, consuela al general prusiano, prometiéndole una capitulacion honrosa, todo lo mas honrosa que pueda ser, sin faltar á las instrucciones que ha recibido de Napoleon. Murat exige que todos los soldados queden prisioneros, pero consiente en que todos los oficiales no pierdan su libertad, y puedan llevarse cuanto poseen, con tal sin embargo de que no sirvan mientras dure la guerra. Tambien consiente en que los soldados no pasen por la humillante formalidad de tener que soltar las armas, desfilando por delante de los franceses, única diferencia en que se distinguen, en medio de aquella desgracia, de las tropas que mandaba el austriaco Mack. Viendo el príncipe de Hohenlohe que no puede conseguir mejores condiciones, y aun conociendo que Murat no puede conceder mas, se vuelve á donde están sus oficiales, manda que formen círculo, y con los ojos inundados de lágrimas, les espone el estado de las cosas, diciéndoles que él era uno de los que mas habia declamado contra toda clase de capitulacion; pero que conoce no queda ya ningun recurso, ni aun el de pelear con honra, porque faltan municiones, y el espíritu de las tropas ha llegado al último grado de abatimiento. Ninguno propuso un medio para conjurar aquella desgracia, por lo cual se rompió el círculo, prorumpiendo los oficiales en maldiciones, y haciendo pedazos las armas.

Firmó, pues, el príncipe la capitulacion, y en todo el dia 28, es decir, un año despues de la catástrofe del general Mack, se constituyen prisioneros de guerra catorce mil hombres de infanteria y dos mil de caballeria. Los vencedores estaban enagenados de gozo, y de qué otra cosa mejor podian alegrarse! ¿No merecian semejante premio por su osadia en las maniobras, la paciencia con que habian sufrido privaciones iguales cuando menos á las de los vencidos, y el ardo con que hicieron marchas mas rápidas que las suyas? Desgraciadamente hubo algun desorden en Prenzlów, á causa de la prisa con que los soldados querian recoger el botin, que consideraban como fruto legitimo de la victoria; pero los oficiales franceses desplegaron la mayor firmeza para proteger á los oficiales prusianos. Hasta los escritores alemanes les han hecho esta justicia, justicia que no tuvieron motivos para hacer en 1815, á los prusianos, los departamentos del Norte de Francia.

Empero aun tenian mas trofeos que recoger los franceses, pues cierto número de escuadrones y batallones prusianos que no habian estado en Prenzlów, marcharon mas hácia el Norte, con direccion á Passewalck, y la caballeria ligera del general Milhaud los alcanzó, haciendo soltar las armas á seis regimientos de caballeria, varios batallones de infanteria, y un parque de artilleria montada. Durante este tiempo, corria el general Lassalle á Stettin, con algunos husares y cazadores, seguido por la infanteria de Lannes, siendo una cosa extraordinaria que un oficial de caballeria ligera, se atreviese á intimar la rendicion á Stettin, plaza fuerte, que tenia una guarnicion

numerosa y una artillería inmensa. El general Lassalle vió al gobernador, y le habló con tal convicción de que el ejército prusiano había quedado completamente destruido, que aquel gobernador entregó la plaza con todo cuanto contenía, inclusa la guarnición, que se componía de seis mil hombres, entrando Lannes en ella al día siguiente. Nada puede dar seguramente mejor idea de la desmoralización de los prusianos, y del terror que causaban los franceses, que un hecho tan extraño y nuevo en los anales de la guerra.

De todo el ejército prusiano, solo quedaban sin haber caído prisioneros el general Blucher y el duque de Weimar, que llevaban consigo unos veinte mil hombres. Si llegáramos á coger el último resto con que contaban, podía decirse que en quince días habían sido destruidos ó hechos prisioneros, ciento sesenta mil hombres, sin que ni uno siquiera pasara el Oder. Los mariscales Soult y Bernadotte iban persiguiendo al general Blucher y al duque de Weimar, quienes debían ser alcanzados muy pronto por Murat, y se hallaban cortados por la parte del Oder, puesto que Lannes ocupaba á Stettin; de suerte, que tenían muy pocas probabilidades de poder salvarse.

Cuando Napoleón supo todo esto, se alegró en extremo, y escribió á Murat una carta en que le decía: «Puesto que tus cazadores toman plazas fuertes, yo no tengo que hacer otra cosa sino licenciar mi cuerpo de ingenieros, y mandar derretir mi artillería gruesa.» En el boletín solo nombró á la caballería, y nada dijo de la infantería de Lannes, sin embargo de que contribuyó á la capitulación de Prenzlau tanto como aquella;

pero semejante omisión provino de que Murat, con la prisa que tenía por contar los hechos de armas de su caballería, no pensó en hablar del cuerpo de Lannes. Cuando éste recibió el boletín, no se atrevió á leerlo á sus soldados, por temor de afligirles, y dijo á Napoleón por escrito: «La adhesión que tengo á V. M. me hará siempre superior á todas las injusticias; ¿pero qué digo á estos valerosos soldados á quienes he hecho marchar de día y de noche, sin descansar, sin tomar alimento siquiera? ¿qué otra recompensa pueden esperar sino que publiquen su nombre las cien trompetas de la fama, de que vos disponéis únicamente?» Esa emulación, ese ardiente anhelo de alcanzar gloria, que solo se manifiesta aquí por medio de una tristeza noble, prueba bastante el heroico entusiasmo que entonces abrigaban todos los corazones.

Napoleón contestó con mucho afecto á Lannes, diciéndole: «Está visto que tanto vos como vuestros soldados sois unos niños. ¿Creéis que yo no sé cuanto habeis hecho para auxiliar á la caballería? la gloria es de todos, y otro día aparecerá vuestro nombre en los boletines del ejército grande.»

Transportado de gozo Lannes, reunió su infantería en una plaza pública de Stettin, y mandó leer en las filas la carta de Napoleón. Sus soldados, tan contentos como él, acogieron aquella lectura con gritos repetidos de ¡viva el emperador! y aun hubo algunos que gritaron: ¡viva el emperador de Occidente! Aquel singular modo de llamar á Napoleón que tan de acuerdo se hallaba con su secreta ambición, era hijo, pues, de la exal-

tacion del ejército, y probaba que á los ojos de todos llenaba ya el Occidente con su poderio y su gloria.

Lannes, rebotando, no en adulacion sino en júbilo, porque como él estaba contento, queria que lo estuviese tambien su soberano, le escribió diciéndole: «Señor, vuestros soldados gritan ¡viva el emperador de Occidente! ¿Deberemos nosotros llamarnos así en las cartas que os escribamos?» (1)

(1) A continuacion verán nuestros lectores algunas cartas del mariscal Lannes, que dan á conocer el espíritu de que en aquella época se hallaban animadas las tropas, y pueden servir para comprender el verdadero carácter de aquellos prodigiosos sucesos.

El mariscal Lannes á S. M. el emperador.

Stettin, 2 de noviembre de 1806.

Señor: he recibido la carta que V. M. me ha dispensado la honra de escribirme, y no es posible espresarle el placer que me ha causado: lo único que deseo en el mundo es que V. M. esté seguro de que hago cuanto está en mi mano para ver de aumentar su gloria.

He participado á mi cuerpo de ejército lo que V. M. ha tenido á bien decir acerca de él, y seria imposible pintar á V. M. lo contento que se ha puesto, porque una palabra vuestra es suficiente para llenarle de júbilo.

Habiéndose extraviado hácia la parte de Gartz tres húsares, se encontraron en medio de un escuadron enemigo, y corriendo á él le apuntaron, diciéndole que echase pie a tierra al instante, porque lo tenia cercado un regimiento. El comandante de aquel escuadron mandó á los soldados que se apeasen, y entregó las armas á los tres húsares, quienes han traído aquí al escuadron en clase de prisionero de guerra.

Desearia conocer las intenciones de V. M., para saber si de-

Napoleon no contestó, y aquel título, que brotó por decirlo así del entusiasmo de los soldados, no fué acogido, si bien Napoleon lo aplazaba para otro tiempo. De todas las grandezas con que soñó, esa es la única que no se realizó, ni aun por un instante: bien es verdad que si no se llamó emperador de Occidente, mandó en sus vastos dominios; pero no solo ambiciona el hombre en su orgullo tener poderio, sino que le den el nombre adecuado á ese mismo poderio.

bo llevar la division de Suchet á Stargard, y hacer que la caballeria avance, pues por este medio economizariamos los viveres que hay en la plaza de Stettin, sin embargo de que aun no los he tocado; como que los soldados están acantonados en las cercanias, y se mantienen con lo que encuentran en las casas donde están alojados.

Hoy he dado vuelta á la plaza con el general Chasseloup, y la encuentro en muy mal estado, siendo preciso, á lo que creo, gastar mucho dinero para ponerla en estado de defensa. Tambien hemos estado en Damm, posicion soberbia de suyo, y á donde solo se llega por una calzada que tiene legua y media de largo, y en que hay á lo menos cuarenta puentes. Creo que si V. M. se propone seguir adelante, hará que esta posicion no pueda ser tomada.

Acaban de asegurarme que el rey ha tratado muy mal á los señores que le rodean, y le habian aconsejado nos hiciere la guerra; que nunca le han visto tan furioso; y que les dijo eran unos bribones, que le habian hecho perder la corona, no quedándole otra esperanzá que ir en busca del gran Napoleon, con cuya generosidad cuenta. Soy con el mas profundo respeto etc.

LANNES.

Passewalck. 1.º de noviembre de 1806.

Señor: ayer tuve la honra de anunciar á V. M. la salida de treinta piezas de artillería, sesenta furgones, y otros tantos car-
Biblioteca popular.

T. VII. 14

Hecho prisionero el príncipe Hohenlohe con sus tropas, solo quedaba por coger el general Blucher con la retaguardia, y el cuerpo que mandaba el duque de Weimar, cuerpo que pasó á servir á las ordenes del general Vinning, cuando el duque aceptó el buen trato con que Napoleón acogió á toda la casa de Sajonia, y dejó el ejército. Había pues que hacer veinte y dos mil prisioneros, pues á este número ascendían aquellas fuerzas, para que no quedase ni un destacamento siquiera de tropas prusianas desde el Rhin al Oder,

ros cargados de municiones, cada uno de ellos tirado por diez caballos, y escoltados por mil quinientos soldados de artillería volante. En verdad, señor, que nunca he visto una gente tan magnífica; es un parque soberbio, y hoy hago que salga para Spandau. Casi todos estos artilleros son de á caballo, y marchan con el mayor orden, pudiendo V. M., si así lo dispusiese, enviarlos á Italia, porque estoy seguro que si se pusieran á su frente algunos oficiales que hablasen el alemán, esos hombres servirían perfectamente. Desearía que V. M. viese ese convoy, porque con eso se decidirá á enviarlos al reino de Italia.

El gran duque de Berg me escribe, que tiene esperanza de alcanzar mañana al enemigo, es decir al gran cuerpo del duque de Weimar y de Blucher, con el príncipe de Puente-Corvo, habiendo hecho ya algunos prisioneros á la cola de la columna. De resultas de este aviso, voy á llamar toda la caballería ligera que había enviado hácia Boitzemburgo, y á reunir en Stettin todo el cuerpo que se halla á mis ordenes.

En dicha plaza se han encontrado doscientas piezas de artillería en sus respectivas cureñas, y otras muchas de repuesto, infinidad de pólvora, municiones y almacenes.

Voy á enviar toda mi caballería ligera hácia la orilla derecha del Oder, á recoger todo el trigo y la harina que pueda, para aumento de nuestros almacenes; á mandar construir hornos y hacer toda la galleta que me sea posible.

La guarnición de Stettin se componia de seis mil hom-

y Napoleón mandó perseguirlos sin descanso, á fin de recoger hasta el último soldado.

Lannes se situó en Stettin, con el objeto de ocupar aquella plaza importante, y proporcionar descanso á sus infantes, pues lo necesitaban en gran manera, y Murat, Bernadotte y Soult, bastaban para acabar de destruir á veintey dos mil prusianos, estenuados de fatiga. Para conseguirlo solo se necesitaba marchar, á menos que no lograsen llegar al mar, y encontrar bastantes embarcaciones en que poder ir á la Prusia oriental. Murat se dirigió, pues á escape, hácia el camino del litoral,

bres, que he dispuesto salgan para Spandau escoltados por un regimiento de la division de Gazan, á cuyo general solo le queda otro regimiento. La division de Suchet ha dado tambien mucha gente para escoltar los prisioneros, de modo que mi cuerpo de ejército está reducido á muy poca cosa.

Si Stettin ofrece bastantes medios para vestir al soldado, lo haré, porque está enteramente desnudo: por lo demas, se está haciendo inventario de cuanto existe en aquella plaza, y tendré la honra de enviarlo á V. M.

Entretanto, ruego á V. M. I. me dé á conocer cuales son sus intenciones lo mas pronto posible, pues esta noche estará mi cuartel general en Stettin.

Ayer mandé leer á las tropas la proclama de V. M., y las últimas palabras que contiene, han conmovido hondamente el corazón de los soldados, los cuales se pusieron á gritar: *Viva el emperador de Occidente!* Me es imposible decir á V. M. cuanto le quieren estos bravos militares, pues ninguno ha estado nunca tan enamorado de una querida, como ellos lo están de la persona de V. M. Ruego á V. M. me diga si quiere que en lo sucesivo dirija mis partes al emperador de Occidente, y se la pido en nombre de las tropas que mando.

Soy con el mas profundo respeto, etc.

LANNES.

à fin de impedirles se acercasen à él, y penetró hasta Stralsund, mientras que saliendo el mariscal Bernadotte de las cercanías de Berlin, y Soult de las orillas del Elba, subían hácia el Norte para arrojar al enemigo en la red que le tendía la caballería francesa.

El general Blucher tomó en Waren, cerca del lago de Muritz, el mando de los dos cuerpos prusianos, cuando ya era imposible refugiarse hácia la Prusia oriental por el Oder, cuyo rio guardaba el ejército francés por todas partes. La entrada al litoral y Stralsund, estaba tambien interceptada por la caballería de Murat, de suerte que no quedaba otro recurso que volverse atras y regresar hácia el Elba, proyecto que formó el general Blucher, esperanzado de arrojarle sobre Magdeburgo, aumentar sus fuerzas hasta convertir à la guarnicion en un verdadero cuerpo de ejército, y hacer una resistencia brillante, apoyado en aquella gran fortaleza.

Encaminóse, pues, hácia el Elba, para ver si podia pasarlo por las cercanías de Lauenburgo; pero sus ilusiones duraron poco, porque no tardó en saber por algunas patrullas enemigas, que estaba envuelto por todas partes, pues Murat iba ya costeando el mar por la derecha, y por la izquierda le habian cortado los mariscales Bernadotte y Soult la ida à Magdeburgo. No sabiendo qué proyecto adoptar, caminó algunos dias rectamente, es decir hácia la parte baja del Elba, como si fuera un cuerpo francés que regresara à Francia por Mecklenburgo y Hannover; pero à cada instante se disminuian mas y mas sus fuerzas, porque ó huían à los bosques sus soldados, ó mejor querian entre-

garse prisioneros, que sufrir por mas tiempo fatigas que ya se habian hecho intolerables. Tambien perdía bastante gente en combates dados à retaguardia, que si, gracias à lo escabroso del terreno, no siempre se convertian en completa derrota, acababan por abandonarnos el terreno disputado, y perdiendo muchos hombres, que ó bien traian prisioneros, ó quedaban fuera de combate.

De este modo fué marchando desde el dia 30 de octubre hasta 5 de noviembre, en que no sabiendo à donde encaminar sus pasos, recurrió à un acto de violencia que solo podia justificar la necesidad. Cerca de allí estaba situada la ciudad de Lubeck, libre con arreglo à la constitucion germánica, y que teniendo como tenia derecho para permanecer siendo neutral, no debia tomar parte alguna en las hostilidades; pero el general Blucher resolvió penetrar en ella à viva fuerza, apoderarse de los grandes recursos que contenia, tanto en víveres como en dinero, y sino podia defenderse allí, coger todos los buques mercantes que hubiese en aquellas aguas, y embarcar sus tropas, para trasladarlas à la Prusia oriental.

En consecuencia, el dia 6 de noviembre entró, apelando à medios violentos, en Lubeck, à pesar de la protesta de los magistrados; pero convertidos los terraplenes en paseo público, habian perdido su fuerza principal, y la ciudad tenia tan poca guarnicion, que al general Blucher no le costó trabajo entrar en ella. Inmediatamente alojó sus soldados en las casas, donde tomaron todo cuanto necesitaban, y además exigió à los magistrados una buena contribucion. Lubeck está situada, como es sabido, en la frontera de Dinamarca, guar-